

Capítulo XXXIX.

Astucia de los españoles.

Sorprendido Quibiam, hubo un momento en el que resolvió jugar el todo por el todo.

Pero aunque él tenía valor bastante para arros-
trar las consecuencias de aquella lucha, no confiaba
ni en la astucia ni en la pericia de sus caciques y
soldados.

Llamó á Unima.

—Es necesario que los españoles no penetren has-
ta aquí,—le dijo.

—¿Cómo estorbarlo si ya se encuentran á muy
corta distancia de tu morada y vienen resueltos á pe-
netrar en ella?

—Suplicales en nombre mio,—dijo de pronto Qui-
biam,—que se detengan.

—¿Y qué pretexto darles para fundar nuestra sú-
plica?

—Diles que no es por miedo por lo que no quiero
recibirlos, sino porque soy muy celoso y no quiero
que vean á mis mujeres.

Corrió Unima á participar á Bartolomé Colon el
ruego de Quibiam.

El adelantado no hizo caso alguno.

Pero temeroso de que si notaban en él actitud hos-
til los indios le obligasen á empeñar una lucha, ó
por lo ménos que se le escapase Quibiam de sus ma-
nos, dispuso que sus tropas quedaran á corta distan-
cia, y dijo á Unima:

—Anuncia á tu soberano que, aunque deseaba
verle, renuncio á esta satisfaccion.

Corrió el guerrero á participárselo al gran caci-
que, y mientras tanto Bartolomé Colon, con Diego
Mendez y cuatro hombres más, resolvió subir á la co-
lina en donde estaba situado el palacio de Quibiam,
pero con la mayor cautela.

—Vosotros,—les dijo,—me seguireis de dos en
dos, y á cierta distancia, ocultándoos todo lo posible
entre las malezas.

Al mismo tiempo encargó al jefe á quien confió
el mando de las tropas, que apenas oyese un disparo
de arcabuz, rodease con sus soldados la morada de
Quibiam, á fin de que no pudiera escaparse.

Bartolomé y los cinco que le acompañaban comen-
zaron á subir la cuesta.

Otro emisario de Quibiam salió á su encuentro á

suplicarles que no llegasen hasta su palacio, puesto que si tenían empeño de verle, saldría á recibirlos.

Hízolo así en efecto, sentándose en el pórtico de su morada.

No tardó en llegar á su presencia Bartolomé.

Antes de presentarse á Quibiam, dijo á Diego Mendez y á sus soldados:

—Vosotros quedaos á cierta distancia y observad bien mis movimientos.

—¿Qué pretendéis hacer?—preguntó Mendez.

—La empresa es arriesgada, y es necesario emplear la audacia para salir triunfantes.

—Yo debo acompañaros.

—De ninguna manera.

—Ved que si sospecha nuestras intenciones vá á apoderarse de vos y no nos dará tiempo para socoreros.

—Al verme solo no se atreverá á nada, porque no sospechará mis proyectos. Me acercaré á él, le hablaré con la mayor cordialidad, y cuando me veais cogerle del brazo, acudid enseguida para prestarme auxilio.

Bartolomé se adelantó hácia Quibiam y le saludó con la mayor cortesía.

El rey indio se excusó con él por no haberle permitido penetrar en su morada.

—Nada importa,—dijo Bartolomé:—mi único deseo era veros, enterarme de vuestro estado, prodigaros toda clase de auxilios, y manifestaros que nuestro jefe y todos nosotros estamos dispuestos á ayu-

daros en cuantas empresas acometais contra vuestros enemigos, porque la benévola acogida que nos habeis dispensado ha despertado en nuestra alma la más profunda gratitud.

Estas palabras hicieron á Quibiam fijar una escrutadora mirada en el adelantado.

Pero sin duda no observó bien, porque despues de examinarle pareció más tranquilo.

Hablaron algun tiempo más, y el adelantado elogió la fertilidad de aquel suelo, y las riquezas de sus minas.

Quibiam, por pura cortesía, le hizo varias preguntas acerca de su país, á las que Bartolomé contestó con afectuosidad.

Quería el adelantado encontrar cuanto antes la ocasion que buscaba, y le dijo de pronto:

—El almirante ha enviado un cirujano para que curase vuestra herida; pero, segun parece, no habeis querido recibirle.

—Era inútil su presencia; yo poseo el secreto para curar todas las heridas.

Bartolomé realizó su proyecto.

—¿Y la teneis aquí, en el brazo?—dijo acompañando la accion á la palabra.

Apenas vieron los españoles á Bartolomé apoderarse del brazo de Quibiam, corrieron cuatro de ellos á sujetar al cacique en medio del estupor de los indios, y el quinto hizo la señal consabida, disparando el arcabuz.

Cogido en el lazo Quibiam, quiso desprenderse de

sus enemigos, que tan negra traicion le habian hecho, y forcejó como un desesperado para desasirse de las manos de Bartolomé Colon.

Pero sus nervudos dedos le sujetaban como si fuera una plancha de hierro, y siendo entrambos hombres corpulentos y de valor, trabaron una desesperada lucha.

Al oír el disparo huyeron amedrentados casi todos los indios.

Sólo algunos leales amigos de Quibiam, entre los que se hallaba Unima, acudieron á socorrerle.

Pero Diego Mendez logró dispersarlos, y con auxilio de sus otros compañeros ató á Quibiam de piés y manos.

Los demás soldados españoles rodearon la morada de Quibiam, penetraron en ella y aprisionaron á todas las mujeres y servidores que hallaron á su paso.

Irayba y sus hijos entraron en el número.

Como no opusieron resistencia no tuvieron necesidad de hacer uso de las armas, y como si fueran corderos los llevaron hasta donde aguardaban los botes para conducirlos á las carabelas y trasladarlos á España, mientras los españoles que quedasen se apoderaban por completo del territorio.

Imposible es pintar la indignacion que se apoderó del ánimo de Quibiam.

Los españoles le habian ganado por la mano, y no les perdonaba la habilidad con que habian verificado su captura.



CRISTÓBAL COLON.—... y siendo entrambos hombres corpulentos y de valor, trabaron una desesperada lucha.



CRISTÓBAL COLÓN.—Y siendo entrados hombres con
patentes y de valor, rigieron una desobediencia injusta

A partir de aquel momento, no deseaba más que la libertad para consagrar el resto de sus días en el exterminio de sus enemigos; y aunque encadenado, todavía abrigaba la esperanza de romper las cadenas, de excitar al combate á sus vasallos y de vengar la felonía que acababan de cometer con él.

Entre tanto las mujeres de los vasallos de Quibiam, prisioneras, prorumpieron en desesperados lamentos, implorando su libertad y la de su jefe, y ofreciendo á los españoles en cambio un tesoro que, según indicaban, tenían guardado en una de las selvas próximas á la playa.

Bartolomé Colón rehusó sus ofrecimientos.

La captura de Quibiam era más importante para los españoles que los tesoros que pudieran ofrecerles los indios.

Animado por esta creencia, para evitar que los indios pudieran reponerse y salir á su encuentro, se apresuró á embarcar á los prisioneros y se quedó con la mitad de su gente en tierra para perseguir á los que habían logrado escaparse.

Era de todo punto necesario un hombre de confianza, de valor y de fuerza para que se encargase de la custodia de Quibiam.

Acompañaba al adelantado Juan Sanchez, uno de los mejores pilotos de la escuadra, hombre de bríos y muy afecto á los Colones.

—Yo me encargo de conducirlo hasta las carabelas, y respondo de él con mi vida.

—Ten mucho cuidado,—le dijo Bartolomé,—por-

que es astuto y fuerte, y nada tendrá de extraño que intente una evasión.

—Tan seguro estoy de que no se me escapará, que consiento, si tal sucede, que me arranquen la barba pelo á pelo.

Para cumplir su palabra amarró al cacique fuertemente á uno de los bancos del bote, y las pequeñas embarcaciones se pusieron en marcha.

Era ya de noche, y una densa oscuridad envolvía el espacio.

Quibiam realizó á su vez un proyecto que habia concebido.

—Si algo me consuela en medio de mi afliccion,—dijo á Juan Sanchez,—es el haber caido en tus manos, porque todo revela en tí un hombre valeroso y de nobles sentimientos.

—No te engañas,—dijo el piloto pavoneándose.

—Si todos fueran como tú,—añadió Quibiam,—ninguna resistencia habríais hallado en mí. Sin necesidad de que hubiérais venido á prenderme, yo mismo me hubiera entregado, poniéndome á vuestras órdenes.

Juan Sanchez era vanidoso, y estas frases laudatorias del cacique le hicieron muy simpático á sus ojos.

Al poco rato comenzó á quejarse Quibiam.

—¿Qué es lo que tienes?

—Me aprietan mucho las ligaduras. Bien podias hacerme el favor de aflojarlas un poco.

—Si no es más que eso, con tal de que yo tenga

sujeto el cabo de la cuerda que te oprime las manos, es bastante; no podrás escaparte aunque lo intentes.

—Así lo creo, y no lo intentaré; pero duélete de mí y alivia el dolor que sufro.

Juan Sanchez le desató del banco, y no abandonó desde entonces la cuerda.

Unos cuantos minutos trascurrieron, durante los cuales no hizo un solo movimiento Quibiam.

Pero aprovechando una ocasion en que Juan Sanchez, llamado por otro de sus compañeros, se distrajo un instante, se arrojó al agua, produciendo un ruido que estremeció á los tripulantes.

Fué tan violento el impulso que tomó, que cogiendo desprevenido á Juan Sanchez, éste se vió en peligro, é instintivamente soltó la cuerda.

La oscuridad de la noche y las medidas que iba á tomar para que los otros prisioneros no se escaparan, fué causa de que lograrse Quibiam la libertad sin persecucion de ningun género.

Desesperado Juan Sanchez, y no queriendo perderlo todo, se apresuró á llegar á las carabelas para entregar los cautivos al almirante.

Avergonzado de lo que le pasaba, ofreció, si llegaba con bien á España, abandonar el mar para hacerse fraile.

Más tarde cumplió esta promesa.

Mientras que avanzaba al rio de Belen el jactancioso piloto, Bartolomé Colon continuaba la guerra, persiguiendo á los indios.

Estos se refugiaron en las montañas, y entonces

volvió adonde estaban sus hermanos con los objetos que había encontrado en el palacio de Quibiam, que eran brazaletes, láminas de oro y coronas del mismo metal.

Cristóbal Colón concedió á su hermano una de las coronas como trofeo de su hazaña.

No le consoló esto, sin embargo, de la desaparición de Quibiam.

Capítulo XL.

Desastres en la colonia de Veragoa.

Quibiam no había perecido.

Y sin embargo, al arrojarse al agua había creído su muerte segura, porque atados sus piés y sus manos no podía nadar.

La muerte era preferible á la esclavitud.

Pero no bien se lanzó al agua cuando sintió cerca de sí una mano poderosa, que con ayuda de un guijarro, aunque trabajosamente, cortó las ligaduras de sus manos y sus piés, permitiéndole subir á la superficie del agua y reconocer á su salvador.

Era Unima.

Unima, un valiente caudillo, que había logrado libertarse de los españoles, y seguro de que Quibiam haría desesperados esfuerzos para salir de las garras